

2

D I S C U R S O S

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE  
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"  
DEL PROFESOR

DON JOSÉ JIMÉNEZ BLANCO

UNIVERSIDAD DE GRANADA  
MMIII

2 400 40



MADRID

9

# DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE  
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"  
DEL PROFESOR

DON JOSÉ JIMÉNEZ BLANCO

UNIVERSIDAD DE GRANADA  
MMIII

# DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE  
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"  
DEL PROFESOR

DON JOSÉ JIMÉNEZ BLANCO



UNIVERSIDAD DE GRANADA  
MMIII

LAUDATIO DEL PROFESOR  
DON JULIO IGLESIAS DE USSEL EN LA  
INVESTIDURA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA  
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA DEL  
PROFESOR DON JOSÉ JIMÉNEZ BLANCO

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

DISCURSOS ACTO INVESTIDURA DOCTOR "HONORIS CAUSA".

Edita: Universidad de Granada

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Magnífico y Excelentísimo Sr. Rector,  
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades,  
Miembros del Claustro Universitario,  
Señoras y Señores:

Los centenarios estatutos de esta histórica Universidad, exigían, ya en 1542, justificación pública de los méritos concurrentes en la persona propuesta para ser investido como Doctor de su Claustro. Los redactores mucho sabían de ciencia pero quizás no tuvieron presente entonces las dificultades que podrían encontrar, en algunas ocasiones, los laudatores.

Me corresponde en efecto un difícil papel en esta ceremonia académica. Y es que, por azares de la vida y no por méritos personales, se me concede la palabra en un acto cargado de simbolismo, de relevancia y de justicia. El cora-

zón y la cabeza acumulan sentimientos y razones que sustentan la acertada decisión del Claustro al otorgar su máximo reconocimiento al Profesor Jiménez Blanco. Unos sentimientos de emoción, admiración y agradecimiento, compartidos por quienes han querido unirse al homenajear al Profesor Jiménez Blanco.

Resulta difícil sintetizar con justicia, y la brevedad obligada, la obra de una personalidad de la talla científica y humana del profesor Jiménez Blanco. Mis palabras difícilmente podrán recoger la riqueza de una vida dedicada “con pasión, mesura y espíritu de responsabilidad”, en expresión de Max Weber, al permanente estudio y análisis de la realidad social.

Emoción por tener la suerte de transmitirle al profesor Jiménez Blanco, el reconocimiento a su compromiso intelectual con Andalucía. Precisamente, porque Andalucía y lo andaluz han sido y son pieza clave de su preocupación por la modernización y democratización de la sociedad española.

Admiración por sus extraordinarias cualidades intelectuales, su ingente obra científica y por la discreción y entrega a

su incansable quehacer científico y académico, que le ha convertido en un ejemplo y modelo de hacer ciencia para muchas generaciones de sociólogos.

Agradecimiento por una generosidad ejemplar. Generosidad presente en muchas de las páginas que ha escrito y, sobre todo, en muchas que hemos escrito quienes hemos aprendido de él: sus doctorandos, sus alumnos, sus discípulos y sus lectores.

Granada ha sido en efecto privilegiada con la generosidad del Profesor Jiménez Blanco. Primero como estudiante y como postgraduado. Luego trabajó en nuestra Junta de Gobierno de la Universidad, como Decano de la Facultad de Económicas en Málaga, perteneciente entonces al distrito de Granada. En todo momento sus vínculos humanos y de investigación han sido muy estrechos. Pero la creación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, avivó su entrega a Granada. Tareas formativas, cursos de Doctorado, Seminarios y actividades de investigación han sido, desde entonces, sistemáticamente apoyados por su inteligencia y espíritu crítico. El asentamiento de la Facultad debe mucho a su entrega y ejemplo. De ahí que su Junta de Facultad aprobara por unanimidad proponer su investidura como

Doctor Honoris Causa; el primero de esta joven pero pujante Facultad.

La obra intelectual de nuestro nuevo Doctor se asienta en sus raíces andaluzas, sus orígenes familiares y su total entrega a la sociología.

Nace en Sevilla en 1930, en una familia granadina. Pero crece y realiza sus primeros estudios ya en la Granada de los años cuarenta. Un ambiente familiar admirablemente descrito por Antonio Jiménez Blanco en su bello libro titulado *Los Niños de la Guerra* ya somos viejos. Ahí reconstruye con parsimonia la trama de la vida cotidiana, amistades y vida escolar en el seno de una familia culta, liberal, innovadora. Un ambiente pausado y tranquilo, a la sombra de la Alhambra en las cercanías de Plaza Nueva. Y con ese ritmo lento de los años de la niñez en los que el tiempo no existe o es de larga duración —“cuantos años caben en las horas de un niño” se preguntaba Luis Cernuda con acierto— fragua su personalidad.

Pero como andaluz de las dos Andalucías y andarín de todos los caminos para cumplir con plenitud una tarea intelectual de envergadura, Andalucía fue su origen pero nunca

su frontera. Fueron por el contrario sus sólidas raíces locales las que le permitieron ser siempre inequívocamente cosmopolita en las ideas y los horizontes intelectuales para aportarlas a nuestra tierra. A nadie mejor que a Jiménez Blanco le es aplicable aquel sabio consejo de Antonio Machado:

“Nunca traces tu frontera,  
ni cuides de tu perfil;  
todo eso es cosa de fuera”.

Azar o providencia situaron a José Jiménez Blanco en una encrucijada cultural excepcional en la Granada de los años cincuenta. “La ciudad para el espíritu” como la calificó Ganivet, vinculada a figuras de la talla de Nicolás Ramiro Rico, Enrique Gómez Arboleya, Francisco Ayala, Nicolás Pérez Serrano, Fernando de los Ríos, Emilio García Gómez, Alfonso García Valdecasas, Melchor Fernández Almagro y Antonio de Luna. La cesura de la guerra civil quebró su mejor tradición intelectual y creativa, indisolublemente unida a la Universidad, su núcleo cultural más sólido y consolidado.

Ese entorno, privilegiado y excepcional sin duda, facilitó que cristalizara una personalidad cuyos rasgos distintivos

serán, con el paso del tiempo, su indeclinable independencia, un sano escepticismo sobre las modas —necesariamente pasajeras—, un distanciamiento irónico basado en la percepción de nuestras ataduras más hondas y menos inmediatas y una certera capacidad hipercrítica felizmente ejercitada, sobre todo, con sus amigos y sobre sus amigos.

Cada época —o generación, como escribió Ranke— es igual a los ojos de Dios, pero no todas vienen igualadas por las circunstancias históricas que experimentan. Entre Gómez Arboleya, Sánchez Agesta y Murillo Ferrol nuestro Doctor es, con José Cazorla y Miguel Beltrán, el más joven miembro de una generación cuyas virtudes pueden apreciarse mejor si se evocan las dificultades a las que tuvieron que hacer frente: la guerra civil, la represión, y el aislamiento político y cultural. Y esa generación con un esfuerzo titánico; respondió reconstruyendo, entre todas las adversidades, la memoria histórica de nuestra tierra. Toda la gratitud es poca para los artífices de este servicio a la ciencia y a nuestra tierra.

Tras licenciarse en Derecho inicia la preparación de su tesis doctoral. En 1952, Murillo Ferrol obtiene la cátedra de Derecho Político en Valencia. Allí le acompaña como profesor

ayudante, José Jiménez Blanco en 1954. Fue una apuesta vital e intelectual decisiva. No le son aplicables desde luego aquellas apreciaciones sobre el granadino quien, en vez de salir de la ciudad para conquistar el mundo, prefiere contemplar éste desde su jardín. Lorca consideraba en efecto que los granadinos tienen el “germen contemplativo”, y lo que más les gusta es observar el mundo “con los gemelos al revés”. Todo lo contrario; Jiménez Blanco abandona Granada para, de la mano del maestro Murillo Ferrol, huir de cualquier limitación intelectual. Ya su tesis, defendida en 1958, acredita sus ambiciones: Felipe II en las proposiciones de las Cortes de Castilla (1563-1592). Por vez primera se realizaba en España un riguroso estudio de análisis de contenido abriendo nuevas sendas a la investigación, pero también evidenciando las ambiciones intelectuales superadoras de cualquier frontera académica.

En 1959 obtiene la primera beca Fulbright concedida en España, y pasa un año en la Universidad de Michigan junto a John Scott, Harold Wilensky y Morris Janowitz. Allí forjará sus primeras relaciones internacionales, se especializará con las técnicas de investigación social y profundizó en los aspectos nucleares de la Sociología. Pero más allá de los aprendizajes concretos fue una experiencia vital. Otro gra-



nadino también sociólogo y Doctor Honoris causa por nuestra Universidad –Francisco Ayala– ha descrito el cambio en las actitudes de los españoles que se desplazaban a Estados Unidos en los años cincuenta. Los viajeros, al principio -dice-, exhibían una arrogante y necia suficiencia y todo lo sabían de antemano y añade:

“Pero pasados algunos años, en un momento dado y casi de manera súbita, se produjo una mutación radical en el talante de los españoles que salían al exterior. Eran ahora en mayoría gente joven en procura de completar o perfeccionar su formación profesional; y estos, en lugar de ponerse en evidencia (—) traían una actitud nueva, que me pareció anunciar, como un barómetro, el cambio que estaba produciéndose en el seno de la sociedad española con el relevo de las generaciones”. Era ya la generación de nuevos científicos sociales la de Jiménez Blanco y tantos otros que años mas tarde, en el cenit de su vida profesional, llevarían las riendas de la transición democrática en nuestro país.

A su regreso obtiene, en 1962, la cátedra de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales de Bilbao (dependiente entonces de la Universidad de Valladolid). Dos años después se traslada a Málaga, y en

1967 vuelve a Valencia de donde pasa –en 1969- a la recién creada Universidad Autónoma de Madrid cuyo primer Rector fue, precisamente, uno de sus maestros: Luis Sánchez Agesta. Así, por Valencia, Michigan, Bilbao, Málaga, otra vez Valencia, Autónoma de Madrid y por fin el Departamento de Teoría Sociológica en la Complutense de Madrid, ha paseado su sencillez, su bonhomía, su altura de pensamiento, su inteligencia creadora y su buena capacidad de gestión. Una movilidad geográfica y académica, poco frecuente hoy, pero de enorme vitalidad, que enriqueció con su magisterio la formación de gentes en muy diversas tierras y ambientes. Y esta trashumancia fue posible, en buena parte, por los méritos de Isabel, su inteligencia y generosidad siempre convirtió una casa –cada nueva casa- en un hogar: el hogar de los Jiménez Blanco. Sin esa presencia permanente de Isabel, no cabe entender su vida académica, profesional y personal.

Contemplar esta carrera académica es seguir la estela de la institucionalización académica de la sociología en España. Un sendero en el que Jiménez Blanco, junto con Salustiano del Campo, recogieron el testigo de Sales y Ferré y Gómez Arboleya.

El profesor Jiménez Blanco mediante una densa vida universitaria fue capaz de organizar e impulsar de manera se-

ñalada la institucionalización de la sociología en nuestro país. Desde su gestión como Decano en varias Universidades, como director de departamento, o desde cargos relacionados con la sociología —como el de Director del Instituto de Radio y Televisión o el de Director del Instituto Nacional de Ciencias de la Educación—, supo consolidar las trayectorias profesionales de quienes vendríamos después. Sin esa entrega generosa como scholar gestor —en feliz expresión de Lazarsfeld—, la sociología española no gozaría de la excelente salud que hoy manifiesta en el panorama de las ciencias sociales.

Lo extraordinario es que en medio de esta intensa labor gestora, Jiménez Blanco desarrolló una brillante actividad intelectual como sociólogo. Y buena muestra de ello son sus rigurosas y múltiples aportaciones al desarrollo de nuestra disciplina. Aportaciones que, a pesar de las distancias cronológicas y la variedad, producen en el lector atento la certera impresión de responder a una organización bien meditada. No son fruto de una actividad fragmentada y circunstancial, sino resultado de una elección paciente y cuidada, como si se tratara de diversos capítulos de un amplio y completo tratado sociológico. Cada paso en el análisis de la realidad social, cada pieza del mosaico, responde a una

pregunta bien precisa. Y esas preguntas, invariablemente, conciernen a cuestiones esenciales y sustantivas de nuestra disciplina.

Jiménez Blanco ha sido el introductor en España de algunas de las figuras más destacadas de la sociología internacional. Recordemos, entre otras, su traducción de la fundamental obra de Talcott Parsons *El Sistema Social*, junto con el profesor Cazorla; la presentación en España de la obra de Ralf Dahrendorf: *Sociedad y Libertad*; o la incorporación a las ciencias sociales de la especialidad de Ecología Humana de Amos H. Hawley. Todas pusieron al alcance de los sociólogos españoles y del universitario en general, tres figuras clave del panorama intelectual de nuestro tiempo.

El profesor Jiménez Blanco en sus publicaciones ha encarnado, sin falsos complejos, los fundamentos teóricos sobre los que descansa nuestra disciplina. Buena muestra de ello es la serie de monografías que, bajo el título *Sobre la disputa del positivismo en la sociología alemana*, publicó a mediados de los setenta. Conforman un brillante y esclarecedor análisis sobre aquella disputa epistemológica de gran alcance en las ciencias sociales, con un rigor y una claridad ejemplar.

Nuestro doctorando Honoris causa ha sido pionero también en otros terrenos de nuestra disciplina: la sociología del desarrollo, la comunicación de masas, la sociología militar, la ecología humana, el análisis de contenido, las nuevas tecnologías, la sociología de la educación -con un planteamiento muy innovador ya en los años setenta sobre los problemas de la calidad de la enseñanza-, la historia y sociología de la ciencia y la sociología del consumo, entre otros.

Una muestra, desde luego no exhaustiva, de esta diversidad lo constituyen, a modo de ejemplo: La sociología de las comunicaciones masivas en los Estados Unidos de 1958, cuando aún eran muy pocos los que en España se acercaban a estas cuestiones; y fruto de una investigación patrocinada por la OCDE, o el análisis de la realidad social española en La conciencia regional en España, investigación que dirigió en 1977. Tampoco han de olvidarse la Historia y sociología de la ciencia en España y la Teoría sociológica contemporánea. Capítulo aparte merecen sus estudios sobre la realidad andaluza, empezando por su intervención -junto a Murillo, Cazorla y Bosque- en el Estudio socioeconómico de Andalucía, investigación patrocinada por la OCDE; sus análisis de la Teoría de Andalucía de Ortega y Gasset o sus estudios sobre sociología del desarrollo y modernización y tantos otros.

Todas estas investigaciones han aportado nuevas luces y enfoques sobre la sociedad, o mejor, las sociedades, que es lo mismo que decir los cambios sociales y los factores de las dinámicas colectivas. Por tanto, y de manera bien precisa, puede hablarse de la excelencia del conjunto de una obra. Excelencia, porque toda ella es punto de referencia que ha abierto camino a otros, senderos que luego hemos podido transitar otros especialistas.

Todo este entramado de intereses intelectuales y servicios a la institución universitaria y a las Ciencias Sociales han tenido y tienen un telón de fondo: su amor por Andalucía. Un afecto que se arraiga no en los aspectos superficiales y folklóricos, sino en su preocupación por el pasado y el futuro de una región que nunca le ha resultado ajena y a la que tan bien conoce en sus avatares históricos, políticos, artísticos, culturales y sociales.

Quizá porque llegamos a la cultura a través de una cultura, la andaluza en este caso, Jiménez Blanco ha podido siempre reflexionar sobre su tierra, desde su formación como sociólogo y desde su amplia formación en muchos otros campos del saber. Fruto de ese acercamiento afectivo y efectivo es su enfoque teórico y a la vez operativo de la “con-

ciencia de desnivel” que contiene una llamada pública y ciudadana a la acción, superando la reflexión melancólica sobre la decadencia.

Pero en esta laudatio debo referirme a otra nota destacada de la personalidad de nuestro doctorando Honoris causa: su compromiso ciudadano. Un compromiso que no es ni reciente ni improvisado, que ha sido invariablemente generoso, altruista y decidido. José Jiménez Blanco siempre ha entendido que la condición de intelectuales no nos exime de nuestra previa condición de ciudadanos, sino que nos implica aún más, nos exige una responsabilidad más plena en nuestra dimensión civil, ciudadana, social y política.

Muestra temprana de esta actitud se manifestó en la participación en el primer homenaje a García Lorca que se organizó en Granada y por quien más hubiera agradado a Federico: por estudiantes. Corría el año 1950 y el acto alcanzó dimensiones insospechadas que no agradaron por cierto a las autoridades, todo ello en una época en que el ejercicio de los derechos —de los pocos que había— resultaba con frecuencia épico. Otro granadino ilustre, Gregorio Salvador, ha descrito con ironía la peripecia del homenaje estudiantil a Lorca:

“Como yo tengo escrito en algún lugar —dice— cuando la generación que nos siguió ha convertido en su blasón máspreciado sus correrías delante de los grises, ejercicio atlético que todo el mundo inscribe ahora en su currículo, no está de más recordar que quince o veinte años antes, algunos estudiantes universitarios no desarrollamos los músculos gemelos dándoles la espalda a los guardias en veloz carrera, sino simplemente el cerebro y la palabra dándole la cara a quien fuera menester”.

Este temprano compromiso con la ciudadanía es permanente en su biografía y en sus escritos. Ahí están, en la década de los sesenta, Las condiciones sociológicas de una sociedad democrática, o Desarrollo económico y democracia social, con una postura abierta y decidida a favor de un sistema democrático. Ya en los setenta publica Desde Franco a las elecciones generales, donde agrupa más de 70 artículos de prensa fruto de sus reflexiones sobre la transición política española desde la permanente dedicación y apuesta por la idea de una España fundamentada en los pilares de la democracia, las libertades, del humanismo y de la cultura que siempre ha hecho gala en su vida y en obra el profesor Jiménez Blanco.

Estas palabras mías no son sino un acercamiento y un pálido resumen de una vida y una obra rica y más sugerente.

Por vez primera, se propone al Claustro de esta Universidad de Granada la investidura de un catedrático de Sociología que durante años profesó en ella. Junto con sus maestros Gómez Arboleya, Sánchez Agesta y Murillo Ferroll, y coetáneos como Miguel Beltrán o José Cazorla, es uno de los fundadores del grupo universitario denominado “Escuela de Granada” al que pertenecen prestigiosos constitucionalistas, sociólogos, politólogos y antropólogos. Estamos pues ante el reconocimiento de aquellos que dieron lo mejor, dejando en cada persona, en cada momento vivido, en cada paisaje, una huella que trasciende el espacio y el tiempo; y que por ello merecen nuestro mayor respeto, nuestro afecto y nuestra gratitud.

Profesor, maestro y amigo, hijo de las dos Andalucías, síntesis humana de la inteligencia y caballeridad, raíces que cultivas con tu gusto por Manuel de Falla, tu admiración por Alonso Cano, el conocimiento de la mística de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, o tu admiración intelectual a la obra de Zubiri y sobre todo como lector empedernido. No es que el cuerpo de doctores de nuestra universidad acceda a conceder un merecido reconocimiento: se enorgullece de poder contarte entre los miembros de nuestra academia, que aceptes este sitio y este lugar para siempre.

El año 2000 le llegó la hora de la jubilación que no de la inactividad. Y también de los reconocimientos. Emérito en la Universidad Complutense, más de medio centenar de especialistas le dedicamos un libro homenaje titulado: La Sociedad: Teoría e Investigación Empírica. Quiso editarlo el Centro de Investigaciones Sociológicas de Madrid, destinatario de muchas horas de trabajo de Jiménez Blanco en Comités, Consejo Editorial, o evaluación de Proyectos y Publicaciones. Y en su presentación, la profesión le rindió homenaje en el Paraninfo de San Bernardo de la Universidad Complutense, donde pronunció su lección jubilar. Antes había sido distinguido también con la Encomienda de número del Mérito Civil o con la Gran Cruz de Alfonso X El Sabio. Son algunos de los innumerables testimonios de admiración y respeto con su figura.

Por todo lo expuesto, tengo el honor de solicitar a este Claustro y a las autoridades que lo presiden, su venia para que se conceda la investidura como Doctor Honoris Causa por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad de Granada al Profesor Doctor Don José Jiménez Blanco.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL  
PROFESOR DON JOSÉ JIMÉNEZ BLANCO

Excmo. Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Granada,  
Excmos. Srs. Vicerrectores/as,  
Ilmos. Srs. Decanos/as,  
Claustro de Doctores/as y Profesores/as,  
Autoridades,

Este doctorando de honor lo recibo con emoción –es la más alta cima de mi carrera académica, que nunca pensé que lo hubiese de recibir–. Y con gratitud porque es el reconocimiento que la Universidad de Granada da a lo que yo aprendí en ella. No es nada que yo personalmente merezca. Lo merece la Escuela Granadina de Sociología a la que yo pertenezco, y espero haberla representado bien, haciendo honor a lo que los Maestros granadinos me enseñaron.

En 1947, cuando yo entré en la Facultad de Derecho de esta Universidad, tengo que decir que encontré muchas cosas

que no esperaba y que no me fueron demasiado penosas las asignaturas estrictamente jurídicas por las que no tenía la menor inclinación. Me matriculé en esa Facultad por presión familiar bajo el aliciente de que —según me decían— era una carrera con “muchas salidas”. Las “salidas” eran evidentemente o el ejercicio libre de la profesión de abogado o el hacer oposiciones a algún Cuerpo de la Administración del Estado. Ninguna de las dos cosas me atraía especialmente porque ni sabía exactamente lo que eran, ni tampoco me veía yo a mí mismo encajado en un puesto de por vida como burócrata de ninguna oficina.

En realidad, tenía asociado el estudio del Derecho y las oposiciones a numerosos temas jurídicos aprendidos de memoria y recitados de la misma manera, y eso era lo que no me gustaba de ninguna manera. Ser Juez o Fiscal me parecía una responsabilidad, que no me atrevería nunca a asumir; lo sigo pensando. Y del ejercicio libre de la abogacía, como cualquier otra profesión que dependiera de clientes a los que había que cultivar, no me atraía nada.

Pero mi enorme y gratísima sorpresa fue encontrar en la Facultad de Derecho asignaturas y profesores que me parecía que estaban más cerca de lo que difusamente apetecía.

Pero, ¿qué era lo que me apetecía desde el punto de vista intelectual? Lo fui descubriendo a medida que se iban desplegando las enseñanzas. El Derecho Romano, explicado por el profesor Albadalejo, me atrajo porque en sus claras explicaciones se fue dibujando un sistema formal enormemente coherente: había una realidad y una formalidad jurídica perfectamente ajustada. Pensar sobre la realidad y expresarla de una manera articulada en conceptos que se relacionaban entre sí y daban cuenta de que se quería saber, eso era algo que me interesaba. Decir que yo en ese momento tenía una cabeza teórica, sería precipitado y desde luego falso. Pero me gustaron las explicaciones del profesor Albadalejo porque contrastaban con las de otros profesores en que el ajuste de realidad y sistema formal de expresión no se veían por ninguna parte.

Por ausencia del profesor Gómez Arbolea en el primer trimestre, se hizo cargo de las clases de Derecho Natural don Miguel Motos Guirao. Los libros de texto eran del profesor Corts Grau y ahí sí había un sistema de pensamiento más filosófico que jurídico, con una resonancia evidente de la mejor filosofía de ese y del actual momento, a saber el tratado de ontología de Martin Heidegger, con el que había estudiado el profesor Corts en Friburgo, que empezó a so-

nar en mi cabeza como ecos de lo que pudieran ser mis primeras preocupaciones intelectuales: la existencia, el hombre en la realidad del mundo, el hombre con los demás seres humanos, la preocupación y la angustia de la vida, la vida auténtica y la vida humana ficticia... En el momento en que yo oía hablar al profesor de estas cosas (que estaban en los textos de Corts) no había tenido noticia previa de nada de eso, pero resonaron dentro de mí de un modo hondo, y sólo muchísimo más tarde –bastantes años después, a decir verdad- supe del calado de su pensamiento, pero antes ya habían hecho mella en mí.

No creo que fuese el pensamiento filosófico como tal, sino el que apuntase a puntos vitales de mi entonces escasa experiencia lo que abrió la curiosidad al pensamiento llamado “existencialismo”, del cual muy pronto yo empecé a escuchar referencias en la Facultad de Derecho en mi primer año de carrera.

Porque yo traía del Colegio de los Escolapios del Genil, en las clases del profesor de Literatura Española, don Manuel Vallecillos, una muy buena preparación sobre los escritores del 98 y, muy detenidamente, una excelente exposición del pensamiento de don Miguel de Unamuno (a quien leí en

tonces y después y nunca me acabó de convencer), pero era un filósofo que podía adscribirse a la tendencia existencialista, que por entonces nos ofrecía mucha literatura, pero escasa filosofía original. En estos comienzos del siglo XXI me parece que se puede decir que el gran filósofo del siglo XX ha sido Martin Heidegger.

Este profesor, don Manuel Vallecillos, me enseñó dos cosas, que siempre han sido importantes para mí: le gustaba enseñar, lo que explicaba nos interesaba, nos hacía leer, y yo saqué para siempre que los escritores españoles eran una cosa muy seria, y que su lectura nos tenía que acompañar toda la vida. Si les digo una confidencia, a él le debo el hábito por la lectura, y les aseguro que una jubilación con libros que leer es el mejor retiro del mundo.

Pero con todo lo anterior no quisiera dar a entender que tenía ninguna vocación literaria. No porque desde muy pronto estuve convencido de que lo más importante de la vida es la realidad: la nuestra de cada uno, la historia de nuestro país, la realidad del mundo actual y futuro. Para ir adelante en ese menester, la literatura puede ser una máscara bella que no permite ver el verdadero rostro del mundo. No quiero decir que estuviese deslumbrado por la realidad: más bien



yo diría lo contrario. En la realidad que se vivía en aquellos años de mis inicios en la Universidad, yo estaba convencido de que estábamos inmersos en una fantasmagoría, que no nos dejaba ver las cosas como eran. Y al mismo tiempo que mi vocación intelectual tenía que desarrollarse en un saber que me permitiera romper apariencias e ir a la índole de las cosas. Y no me estoy refiriendo sólo al régimen político. En esos años en Granada los poderes (digamos) sociales y económicos eran de una zafiedad tremenda. Podría utilizar el término “ramplón”, pero me quedaría corto, porque el cultivo de las apariencias representaba una dosis de pura conveniencia tan evidente que solo el transcurso de algunos años después, se puso a la luz del día que los ricos no lo eran, que las clases altas eran ignorantes, que la determinación de que los estudios eran para los (y las) pobres, les hizo quedarse al margen de la España que ya apuntaba, porque al perder posiciones, se vio que sólo el favor político sostenía, y que no eran nada. En cuanto a la altura moral de que hacían gala no pasaba de mera hipocresía.

Por tanto, perplejidad ante la realidad –asombro ante la mentira socialmente instalada– y unas ganas inmensas de contribuir al conocimiento riguroso de la realidad española. En este sentido, el formalismo jurídico no me ayudaba

nada para ese cometido, la literatura era hermosa y los autores españoles una maravilla, pero no atinaba a encontrar la herramienta intelectual que me permitiera romper el maleficio de los ejemplos deformantes, y eso fue lo que llevó casi inevitablemente a la sociología.

Me admiraba el amor a España de los escritores de la generación del 98, pero su visión radicalmente pesimista acerca de los españoles y de la historia de España no la pude compartir. Tenía –probablemente con altas dosis de ingenuidad– mucha fe en mí mismo y en todos los demás. Y, sobre todo, no podía compartir los primores puestos en identificar, por ejemplo, el nombre de un apero de labranza, que cualquier lugareño de La Vega sabía desde siglos atrás. Estas primorosos investigaciones –que revelaban el carácter urbano de esos escritores– contrastaban con el escaso o nulo interés de las condiciones de vida de esas gentes campesinas. Y, por último, que el remedio para tanto pesimismo consistiese en importar filosofía alemana me parecía ayuno de sabiduría sobre la realidad social y económica de España.

En la Facultad, a partir de enero de 1948, se reincorporó a sus clases el profesor don Enrique Gómez Arboleya, quien nos hizo ver a nosotros (los alumnos de primero de carrera)

que el mundo del pensamiento y de las ideas tenía que ver con las estructuras sociales donde ese pensamiento había germinado y sobre las que iba a influir. Esta relación entre estructura del pensamiento y estructura social fue el objeto de sus lecciones, que nos resultaba un espectáculo intelectualmente exuberante al tiempo que de un extremo rigor, expuesto con convencimiento y autoridad. Se nos abría un derrotero nuevo en donde las ideas ya no flotaban en el aire ni saltaban de cabeza en cabeza. La realidad social tenía que ver hasta con el pensamiento más abstracto. Estas lecciones encontraron su formulación definitiva en su libro *Historia de la estructura y del pensamiento social*, publicado en 1957, y que es hasta el momento la obra maestra de la sociología española contemporánea.

En este primer curso de Facultad, también tuve al profesor don Luis Sánchez Agesta, en la asignatura Derecho Político, y debo decir que al principio casi nadie entendía su libro de texto con el título de la disciplina, su enseñanza consistía en relacionar la historia —con referencias continuas a la historia de España— del pensamiento político con las estructuras políticas. Ahora bien, quiero decir en seguida que sus explicaciones sí se entendían. Y algo muy importante para esas fechas: se exponían las diferentes Constituciones polí-

ticas de la historia de España y las de los demás países del mundo que las tenían. En el libro de texto nos encontrábamos expuestos en buen castellano el pensamiento político y sociológico de Max Weber, con la particularidad a resaltar que sus textos vertidos al castellano todavía no se conocían impresos; es decir, que se nos enseñaba desde el original alemán en versión para nosotros, que tal vez no estábamos en condiciones de apreciar la novedad de lo que se nos enseñaba.

Estoy resumiendo estas primeras experiencias mías universitarias no sólo por lo que significaron para mi preparación y vocación personal, sino también por lo que tenían de altura académica —sin duda la tradición de la Universidad de la II República, que no se perdió con la guerra civil—. Pero, ¿fue así como yo lo percibí entonces o lo he recompuesto después a la vista de otras experiencias?

Porque lo cierto es que yo no oí hablar de sociología hasta que esta disciplina con el mejor perfil de modernidad nos fue presentada en un seminario por don Francisco Murillo Ferrol. En el seminario participamos Antonio Cabrero, Javier Campos y yo, que habíamos trabajado juntos en hacer una revista de cultura, que era casi obligado en la tradición universitaria granadina. Sólo pudimos sacar a la calle dos

números, pero fieles a la tradición le colocamos el anagrama “El corazón manda”, que figura en la fachada de la Casa de los Tiros. Uno de los periódicos locales nos recibió ásperamente y dando a entender que estábamos en contra de todo lo que al autor de la nota le parecía de maravilla. Hasta le molestó el nombre “Clave” de nuestra revista, sin caer en la cuenta que nos referíamos a las claves de arco de Diego de Siloe, en la Catedral de Granada, y que figuraba como un dibujo precisamente de una de las claves, que nos parecía una norma de rigor –para Granada y para la revista–, que era algo que presidiera nuestra pretensión.

Granada, su paisaje, su luz, su arte, siempre me ha supuesto algo que me obliga al rigor, porque era muy consciente de lo que significa vivir en un escenario en que se conjuga belleza, emociones, contención y medida, creación. Pienso que las obras que escribió Manuel de Falla en Granada –“El retablo de maese Pedro”, “Serenata andaluza” o el “Concerto”– sólo las pudo escribir en Granada y son las que han significado la más alta cima de su arte.

Los monumentos de Granada nos los enseñó don Jesús Bermúdez Pareja, profesor de Historia del Arte, a quien pedimos permiso para asistir a sus clases prácticas. Los expli-

caba tan absolutamente bien, que ya no puede ser la Alhambra, la Capilla Real, la Catedral, los conventos de clausura del Albaicín, la Cartuja, toda la riqueza artística de Granada, sino recordando casi palabra por palabra las palabras de don Jesús.

En la revista “Clave” Antonio Cabrero se atrevió a poner en solfa a los que creían que las grandes cimas del pensamiento español eran Donoso Cortés y Jaime Balmes. Javier Campos escribió una tranquila reflexión sobre el tiempo –al hilo del éxito por entonces de “La herida del tiempo”–, texto de Javier casi una metáfora de su propia vida. Yo hice una nota sobre la pintura de Manuel Maldonado en que recalcaba su obra como un canto a “lo-que-está-ahí”. Antonio Aróstegui escribió como artículos, que luego fueron un libro, *Una conjura española contra Maritain*, sobre los mismos de los que escribió Antonio Cabrero. De esos años, que no por ser nuestros tienen ningún interés especial, dejó puntual registro en *La vanguardia cultural granadina*, y allí me remito.

En el segundo curso de carrera, en la asignatura Derecho Penal, don Antonio Mesa Moles, que después del primer trimestre se jubilaba, me hizo repensar mi anterior posición de crítica al formalismo jurídico, en unas magníficas clases

sobre la obra del marqués de Beccaria, *De los delitos y las penas*. Esas clases me hicieron ver que al menos el Derecho Penal tenía que ver con la realidad.

La relación con don Francisco Murillo, en el seminario —donde hablábamos de todo— y con ocasión del segundo número de la revista “Clave”, nos fue poniendo ante la vista lo que era la sociología de aquellos años en que, aparte de la teoría sociológica europea, lo nuevo era la investigación empírica, de corte anglosajón, aunque también con participación europea, en que para saber lo que pasaba en una sociedad se preguntaba directamente a sus miembros sobre sus opiniones, su participación política —sobre partidos políticos y votantes, así como toda la investigación de mercados —especialmente sobre los hábitos del consumo, donde se incluía el consumo de los medios de comunicación de masas —por aquellas calendas la prensa y la radio—. Y lo que yo quería saber era cómo manejar esa técnica de investigación social que era la encuesta. Aquí, en estas reuniones de seminario, con don Francisco Murillo, recuerdo que nos preguntó un día si teníamos ideas políticas: mi respuesta se centró en la situación política de entonces, y yo le dije que lo que parecía mejor de lo que había era “la defensa de la unidad de España”. Don Francisco me cortó y me dijo que

no preguntaba sobre cuales eran nuestras ideas políticas, sino sobre si teníamos *alguna*, cosa que por entonces era preguntar en vano para la mayoría, por razones obvias. La perfección de la falta de libertad política e intelectual estaba presente entre nosotros hasta en los menores detalles.

Para rescatar espacios de libertad —además de un aula de poesía en la Facultad de Letras, donde se organizaron recitales y comentarios sobre los poetas menos afines a la situación—, en la Facultad de Derecho abrimos por la tarde un aula de debate, en la que se discutía lo que no estaba ni en la mayoría de las conversaciones ni en los medios de comunicación. Nos pareció que al régimen le incomodaba la pintura abstracta, y nos hicimos paladines de una rebelión en favor de Kandinski, Mondriani, Paul Klee y tantos más de los que teníamos, como no podía ser de otra manera, una lejana referencia. En punto a arte nuestro horizonte era París, al que solo algunos años después pudimos ir; sin embargo, en el primer momento que pude mi lugar de visita y estancia fue París en 1956. Todavía había ecos de existencialismo y museos, galerías y exposiciones para ver toda la pintura que hasta entonces sólo había visto en láminas. Y fue ocasión de poder ver en el Museo Pedagógico todas las buenas películas de las que tenía noticia pero que no había podido ver en España.

Acabados los estudios de Derecho había que enfrentarse a la pregunta clave de qué hacer. Sabía lo que quería, pero estaba acuciado por un ambiente familiar que esperaba que “me ganara las habichuelas” como todo el mundo que estudiaba Derecho, a saber: preparando y “sacando” unas oposiciones, de las que requerían temas, memoriones, posaderas y unos dos años de Castán. Y a continuación de una oposición en otra. En mi fuero interno sabía que eso no era lo mío, y ello –lo tengo que decir– teniendo mucha memoria, que ni siquiera con el tiempo he perdido.

En esa coyuntura, don Francisco Murillo Ferrol, que nos mantuvo el interés por la sociología, y por su relación con don Enrique Gómez Arboleya –que en 1953 obtenía en Madrid la primera cátedra de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas (más adelante Ciencias Políticas y Sociología)– mi interés por esta disciplina que en el plano empírico me parecía algo totalmente nuevo, y que encauzaba mis ganas de dar pasos adelante en el estudio científico de la realidad española, estuvo en un tris de quedar en nada académicamente, un par de coincidencias se aunaron para que yo pudiese considerar otras perspectivas: de una parte, don Francisco Murillo acababa de obtener la cátedra de

Derecho Político en la Universidad de Valencia; de otra, se iba allí a hacer cargo del Colegio Mayor Luis Vives, de próxima inauguración. Me pidió sólo que le ayudara en la puesta en marcha de ese Colegio Mayor; yo así lo entendí y fui a Valencia a este fin. Pero una vez en Valencia mostré al profesor Murillo mi deseo de dedicarme al estudio de la sociología y, al mismo tiempo, en la medida de lo posible, a hacer la carrera académica para la ocasión en que hubiese más cátedras de Sociología. Esta segunda parte el profesor Murillo la recibió con mayores cautelas, entre otras cosas por lo azaroso que resultaba entonces obtener una cátedra, y más de una materia de la que por aquellas fechas no había más cátedra de la Sociología en España, que la ya mencionada del profesor Gómez Arboleda. De momento, nos pusimos a la tarea de poner en marcha el Colegio Mayor, y quedando muy remotas mis aspiraciones académicas.

Pero aconteció que el entonces Ministro de Educación, don Joaquín Ruiz-Giménez estableció la asignatura de sociología en los estudios de la Facultad de Derecho, y lo que parecía para mí imposible se hizo hacedero, y pude emprender el sendero de una carrera académica en el campo de la Sociología.

Me he permitido narrar esta historia mía porque es donde mejor yo puedo percibir que sin esos inicios en la ciudad de Granada y en la Universidad de Granada yo no estaría aquí en estos momentos y para esta ocasión.



Biblioteca Universitaria de Granada



01112369